

CILAMPA

Publicación de la Escuela de Literatura y Ciencias del
Lenguaje
Universidad Nacional

Redactores: Flora Eugenia Ovares, Sonia Marta Mora,
Jorge Alfaro Pérez y Juan Durán Luzio.

Nº 3. (Set. 1983) Heredia, Costa Rica

PRESENTACIÓN



informe de labores de 1981 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional caracteriza a la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje "por un gran dinamismo que incursiona en varias direcciones. Sin descuidar el desarrollo cualitativo de la docencia, la investigación y la extensión, forta-

lece la actividad con un buen número de acciones altamente beneficiosas para el logro de los objetivos". Ciertamente, la preocupación de nuestra Unidad Académica por responder constructivamente a las necesidades del país en nuestras áreas de estudio nos ha llevado a poner en práctica programas que permiten aportar nuestra voz y experiencia.

Además del boletín **Cilampa** —dedicado básicamente en este tercer número a la obra de Carlos Luis Fallas— que se orienta a la comunicación con los profesores de enseñanza media, la Escuela mantiene proyectos que persiguen otros objetivos.

La revista **Letras**, por ejemplo, se ha constituido en cada uno de los siete números publicados hasta la fecha en un medio fundamental para exponer los resultados de la investigación especializada y la producción de académicos y creadores costarricenses y extranjeros.

Por su parte, el Certamen UNA-PALABRA, que organizamos conjuntamente con el Departamento de Filosofía, se ha constituido en uno de los concursos más prestigiados, en centro de contacto de creadores y pensadores que a través de la obra literaria y el ensayo ofrecen su aporte al país. Once premios, nueve menciones honoríficas y quince libros publicados es el resumen de las cinco versiones realizadas hasta el momento.

En el plano de la enseñanza de idiomas, la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje realiza programas pioneros de enseñanza de inglés y francés en la escuela primaria, que se llevan a cabo en la Escuela Joaquín Lizano y en la Escuela Laboratorio respectivamente, ambas en la ciudad de Heredia. Los primeros resultados de la experiencia nos permiten ser optimistas respecto a los logros finales de esta novedosa experiencia.

En los próximos números de **Cilampa** presentaremos proyectos que en otras áreas realiza la Escuela y procuraremos com-

partir por este medio los resultados pertinentes con la enseñanza de idiomas y de la lengua materna.

Jorge A. Alfaro Pérez
DIRECTOR

Escuela de Literatura y Ciencias
del Lenguaje

DIRECCION POSTAL:

Boletín Cilampa
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Universidad Nacional
Apartado 86, Heredia

MAMITA YUNAI en su contexto continental

Cuando en 1941 Carlos Luis Fallas publicó su más conocida novela, el género atravesaba por un interesante período de su desarrollo en las letras continentales. Alcanzada la madurez de los conflictos económicos y sociales que había traído la posguerra, aparece una nueva conciencia nacional que está ahora orientada por principios políticos que denuncian y aspiran a cambiar ciertas formas básicas de la sociedad. Los escritores toman una participación activa en ese cometido. Por esa razón la temática del período se ve dominada por la presentación de esas grandes áreas de tensión social.

Para el escritor, sin embargo, esto no constituía totalmente una novedad; desde el romanticismo la literatura había cumplido una función social que en ese entonces se había caracterizado por su compromiso con la lucha libertaria. Más tarde, el realismo, aprendido de los grandes narradores franceses hizo posible un acercamiento más detenido a las magnitudes de lo nacional desde una perspectiva más puramente cognoscitiva: el escritor está ante su realidad nacional y se prepara para describirla, para incorporarla a la literatura por medio de sus obras. El naturalismo hizo de esa perspectiva un conflicto porque se dirigió hacia la mostración de los aspectos más dolorosos de la sociedad; apoyado, además, por la filosofía positivista pudo ver el mundo como un organismo ante el cual al escritor le cabía una función específica: ser un testigo acusador, capaz de razonar y fundamentar sus denuncias.

El modernismo introdujo un cambio profundo en las preferencias temáticas de todos los géneros y aun cuando en esa época no se escribieron muchas novelas, éstas no se apartaron radicalmente de esa relación entre discurso y situación nacional. El gran conflicto histórico que determina esa época iba a contribuir en una dirección nueva y definitiva de las letras del continente. La guerra entre España y los Estados Unidos obligó a los intelectuales, como a la sociedad toda, a una toma de posición en ese conflicto que tomaba lugar en suelo cubano y puertorriqueño. Las respuestas literarias de adhesión a España así como de condena a los Estados Unidos se hicieron profusas y algunas alcanzaron niveles notables por su calidad

artística y por la inteligencia de sus propuestas; entre ellas sobre todo los poemas de Rubén Darío en su *Cantos de vida y esperanza*. Los cisnes y otros poemas (1905) y en la prosa de Ariel (1900), de José Enrique Rodó. A partir de estas obras queda señalada una nueva dirección política para la literatura hispanoamericana; la obra misma era un terreno propicio para el debate sobre el destino de nuestros países. Los conflictos señalados desde el naturalismo y variados por la visión modernista se profundizaron dramáticamente luego de finalizada la Primera Guerra Mundial; es durante ese período de entreguerras que madura en nuestra cultura una expresión anti-imperialista de definida filiación política. Los escritores, bien al tanto de la política mundial pueden ahora enjuiciar la condición de sus países a la luz de las grandes doctrinas que se enfrentan en el siglo. Es conveniente aclarar que esas enseñanzas no se desprendían únicamente como consecuencias del conflicto europeo; otro hecho, acaecido en el continente había también condicionado la aparición de una literatura participativa e inmediata: la Revolución mexicana iniciada en 1910 y que encuentra expresión literaria aún antes de finalizado ese proceso, con la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo* (1916). Con el ciclo de novelas que siguieron a Azuela y con la trayectoria ya recorrida por los naturalistas, se abría el camino hacia un nuevo realismo en la literatura hispanoamericana que, con razón, ha sido llamado "neorrealismo". También se ha dicho que la aparición de esta tendencia se produjo como reacción en contra de ciertas tendencias exotistas y exageraciones lingüísticas del modernismo, pero más allá de estas consideraciones formales, la sociedad hispanoamericana entraba a vivir un período de cambios radicales como no había conocido en su historia; en cara a la época moderna los problemas que se presentan son diversos y enormes y están señalados por su tono social, político y económico. Los escritores, con una urgencia sólo comparable a la sentida durante la época de la independencia, son los llamados a expresar la palabra de las nuevas causas, a formular las denuncias y las acusaciones; como antes, la obra y la actividad de escribir vuelven a hacerse funcionales. Sin duda que esa necesidad impone su presencia sobre las formas del género: se ha dicho que esta novela vuelve a asumir un tono panfletario según el cual quedan claramente señalados los elementos en disputa; el discurso busca establecer claramente su doctrina, decir claramente su denuncia. Otro rasgo bien advertido por la crítica ha sido el reemplazo del héroe tradicional por un nuevo tipo de protagonista; frente al héroe solitario cuya lucha acaparaba la atención del narrador surge con la nueva novela un protagonista masivo, el pueblo, las clases trabajadoras y, varias veces, las clases abiertas.

mente marginales que cada vez hacían sentir con mayor vehemencia su presencia en la vida continental. Y como el narrador busca una comunicación sincera con ese pueblo, busca ser su emisario, aparece en la obra el lenguaje de esos sectores sociales que encuentran ahora por primera vez cabida en la literatura continental. Esta tendencia madura durante los años 30 y ya en ese decenio hay recias muestras de esta tendencia; así, *Huasi-pungo* (1934) del ecuatoriano Jorge Icaza, que ha sido también considerada como una especie de documento sociológico en favor de los indios de ese país. El puertorriqueño Enrique Laguerre dio a conocer *La llamarada* (1935) novela en la cual se ponían de manifiesto los padecimientos de los trabajadores de la caña en esa isla. Ese mismo año con *El indio*, el mexicano Gregorio López y Fuentes mostró la condición de los grandes olvidados de la revolución. Pero es en el año 1941, el mismo que vio la aparición de *Mamita Yunaí*, cuando aparece la más grande novela de esta tendencia en el continente: *El mundo es ancho y ajeno*, del peruano Ciro Alegría. Si Alegría hacía del indio de las serranías peruanas una clase de desposeído por la ambición de las clases terratenientes, Fallas hacía del trabajador de las bananeras un símbolo de los grupos explotados por la expansión de las compañías transnacionales que igualmente se habían lanzado en una indiscriminada carrera por la posesión de las tierras más productivas del país. En ambas novelas son los grandes grupos de hombres que se debaten por mantener su dignidad, por hacer prevalecer sus valores los que centran el desarrollo del discurso. Son grandes sectores de la sociedad que se mantienen en lucha. Pero este neorrealismo no estaba destinado a una vida larga en nuestra literatura. En ese mismo decenio del 1940 comienzan a aparecer manifestaciones novelescas que abrirían el curso hacia nuevas direcciones del género, poniendo las bases de la hoy llamada nueva narrativa hispanoamericana; nos referimos a obras como *Al filo del agua*, del mexicano Agustín Yáñez, aparecida en 1947; el año anterior, Miguel Angel Asturias había publicado *El señor presidente* y en 1949 el cubano Alejo Carpentier daba a conocer *El reino de este mundo*. No es exagerado afirmar que en estas tres novelas están muchos de los fundamentos temáticos y de los modos y procedimientos desde los cuales se afianzaría la novela de las décadas siguientes.

Es preciso, sin embargo, hacer una consideración sobre las grandes novelas de la tierra antes de cerrar estas notas. Durante el decenio que se inicia en 1920 aparecen tres de las más grandes novelas del siglo: en 1924,

La vorágine, de José Eustasio Rivera; en 1926, *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes; en 1929, *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos. Aunque no se ha insistido demasiado en ello, estas novelas no eluden el asunto relativo a la tenencia de la tierra y a la explotación que los nuevos modos de producción empezaban a generar en el continente. *La vorágine* pone bien de manifiesto los padecimientos de los trabajadores del caucho en la amazonía colombiana y la explotación de esos sectores por parte de las compañías exportadoras de esa valiosa materia prima. En *Doña Bárbara* la tenencia de la tierra es el problema central; junto a los modos de apropiación ilícita se imponen las formas legales. Santos Luzardo se consolida como persona en cuanto consolida también su condición de propietario; En *Don Segundo Sombra* el joven y trotamundos que protagoniza la novela pasa a una condición estable y segura cuando, por una inesperada resolución, pasa al grupo de los propietarios. Al contrario, el Arturo Cova de *La vorágine* ha renunciado a sus privilegios en la sociedad para conseguir una aventura en la que finalmente sucumbe. Así, la gran novela de la tierra portaba de una manera también conflictiva el gran problema que iba a dar expresión a la novela que continuaría.

Para finalizar, es conveniente recordar que no toda la producción narrativa de las primeras décadas del siglo siguió las preferencias de los grandes conflictos nacionales; hubo un tipo de obras que continuó más bien una incipiente exploración en lo psicológico y en la dimensión simbólica del hombre y de sus conductas. Este rasgo fue menor y no ha prevalecido con la fuerza de la otra tendencia. Sus representantes más sobresalientes fueron, tal vez, el argentino Eduardo Mallea, el chileno Eduardo Barrios y el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez.

Mamita Yunai quedará como el testimonio de una época de madurez social de la novelística hispanoamericana y como una de las obras más logradas de la literatura nacional en lo que va del siglo. Su condición documental mantendrá el valor histórico que esa tendencia anheló; la sencillez de su forma y la sinceridad de su lenguaje es una respuesta cabal y acertada ante las exigencias de un tipo de novela que, por la situación de nuestro continente, no se halla completamente fuera de vigencia.

Juan Durán Luzio.